

puntual observancia de la ley, sujetándose con la mas profunda humildad á la de la purificacion, sin alegar excusa alguna, y confundiéndose entre las pecadoras la Reyna misma de los ángeles, y superior á ellos en pureza. Finalmente el santo Simeon perseveró constante en la observancia de la ley, y mereciendo por este medio tener en sus brazos al mismo Salvador, y morir en el ósculo santo de una paz eterna. Si aspiramos pues á tanta felicidad, observemos los preceptos de Dios, que es el único medio de alcanzar la bienaventuranza, que es deseo. Amen. DIXE.



SERMON VI.

Para el día de la Resurreccion de Jesucristo.

Surrexit, non est hic. Matth. XXVIII.

SEÑORES:

El adorable misterio de este día es la prueba mas fuerte y mas solemne de nuestra augusta religion. El nacimiento, la vida, las obras, las palabras, y la muerte de Jesucristo forman su divino Testamento, y el sello que la confirma es la Resurreccion. Los caracteres indelebles de Divinidad que encierra no nos permiten la menor duda sobre la verdad de sus oráculos. Las obras del

Salvador, viviendo en carne mortal, manifestaron, dice S. Gregorio, perfecciones divinas, y enfermedades humanas, para acreditar que era verdadero Dios y Hombre. Mas era necesario que estas dos verdades fundamentales de la religion fuesen confirmadas por un testimonio separado, que les fuese propio. Jesucristo en efecto demuestra la una por su muerte, y manifiesta la otra por su Resurreccion. Allí cerró la boca á los hereges, que niegan su Humanidad; aqui confunde á los impiós, que no creen su Divinidad. Como el fundamentó de la religion es la fe, proporcionó el Señor la base al edificio. Quiso cautivásemos el entendimiento baxo el yugo de su autoridad divina; pero sin que nuestra obediencia dexára de ser razonable, segun la expresion de San Pablo. Verdad es que nuestra razon no puede comprehender las ideas sublí-

mes que se le proponen; pero las pruebas en que estan apoyadas son tan convincentes, que seria estupidez no darles asenso. La mas fuerte de estas, la mas evidente, es la Resurreccion segun los padres, porque es á un mismo tiempo el fundamento de nuestra religion, y está sostenido sobre la piedra mas sólida, que es Jesucristo glorioso, centro de todas las líneas. De este copiosísimo origen dimanan la fe, la esperanza y la caridad, estas tres virtudes teologales, que son las que santifican al cristiano, y las que lo hacen templo digno del Espíritu Santo. Nosotros en efecto serémos perfectos cristianos, si creemos en Jesucristo resucitado, si amamos á Jesucristo resucitado, si esperamos en Jesucristo resucitado; porque nuestro adorable Salvador es en este misterio el fundamento mas sólido de nuestra fe, el motivo mas firme de nuestra esperanza, y el ob-

je to mas digno de nuestro amor: tres breves reflexiones, que dividen naturalmente la materia de este discurso. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa proteccion de su augusta Esposa. Saludémosla á este fin con la Iglesia: *Regina cæli lætare &c.*

Surrexit, non est hic &c.

Si Jesucristo no hubiera resucitado, como lo habia predicho, parece dexaba á cubierto la malignidad de los judios que le crucificaron. Ellos creían hacer un obsequio á Dios, condenándole al suplicio, persuadidos á que si era el verdadero Mesias, no permitiría la execucion de la sentencia; y si no lo era, merecia morir como impostor. Tales eran los raciocinios de aquellos falsos doctores, cuya malicia de córa-

zon los tenia ciegos, dexándose conducir por los consejos de su extravagante sabiduría, sin percibir los de Dios, ni atender á sus oráculos: *Hæc cogitaverunt, et erraverunt, excæcavit enim illos malitia eorum, et nescierunt sacramenta Dei.* Á pesar de los prodigios seguidos á su muerte, tuvieron la precaucion de sellar, y poner guardia en su sepulcro. Mas ¡ó vanas precauciones de la humana sabiduría! ¡cuán inútiles sois á presencia de la Sabiduría de Dios! ¡Impotente y ciega sinagoga! ¿cómo podrás impedir u obscurecer la Resurreccion del Salvador? Ella se hará patente á pesar tuyo. La gloria de su sepulcro borrará la ignominia de su cruz. Si su muerte te ha hecho dudar de su Divinidad, ¿cómo podrás negar que es un Dios, habiendo resucitado por sí mismo?

Para establecer con mas firmeza la fe de este misterio, sobre el cual estriba toda la religion cristiana,

permitió el Señor que los Evangelistas refriesen la incredulidad y la confesion del apóstol Santo Tomas. En efecto nuestra fe; dice S. Pablo, sería vana, si Jesucristo no hubiese resucitado. Mas habiéndolo resucitado, es sólida é irrefragable; porque todas las humillaciones de la vida y muerte del Salvador desaparecen á vista de la gloria inefable de su Resurreccion. ¡Infelices judios! vosotros le insultasteis, diciéndole en el momento de sus mayores tormentos, que si era Hijo de Dios descendiese de la cruz; como dando á entender estabais prontos á reconocerle por verdadero Mesías, si milagrosamente se hubiera librado de vuestras manos. Os engañais, dice S. Agustin; porque si no hubiera muerto sobre la cruz, no debias reconocerle por Salvador, en atención á que este suplicio estaba anunciado por divinos oráculos. Pero muriendo y resucitando cumple las profecías y manifiesta

su omnipotencia. Su muerte acompañada de todas las circunstancias que tantos siglos antes anunciaron los Profetas, debe convenceros que es el verdadero Mesías; y su gloriosa Resurreccion, donde aparece su virtud omnipotente, os manifiesta bien que es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, en cuya venida consistian vuestras mas dulces esperanzas.

Si Jesucristo pues, dice el Crisóstomo, ha resucitado, esto no pudo ser sino por virtud de Dios: si Dios ha resucitado á su Hijo, éste lo es verdaderamente: si es Hijo de Dios, se sigue que su doctrina es verdadera, que su religion es divina, que sus milagros son incontestables, que su Iglesia es la única, que todo lo que ha dicho, aconsejado y mandado son otros tantos oráculos infalibles. Esto os enseña el Apóstol cuando dice: si Cristo no ha resucitado, es vana vuestra fe: *Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra.*

Mas habiendo resucitado, es sólida, y sobre tan firme base todo está asegurado, porque la Sabiduría eterna tomó tales medidas en orden á la Resurreccion del Salvador, que la pusiesen á cubierto de toda incredulidad, y cerrasen la boca á los impios. Las precauciones que tomaron estos para obscurecerla, solo sirvieron de hacerla mas luminosa, ganándole mayor numero de testigos: personas que no dudaron derramar su sangre para testificarla.

Yo hago todos mis esfuerzos, dice un incrédulo, por confirmarme en la fe de este misterio; pero no puedo cautivar mi entendimiento baxo el yugo de unas aserciones tan repugnantes á mi razon. ¿De dónde tanta ceguedad, señores? De que quisieran fortificar la fe por discursos humanos, mas propios á manifestar una curiosidad indócil, que una humilde inquisicion de la verdad. En lugar de querer ver para creer, co-

mo Santo Tomas, quisieran, á imitacion de Herodes, ver los milagros de Jesucristo per solo vana curiosidad; y el Señor en castigo, no solo no condesciende á sus deseos, sino que no se digna responderles, como lo executó con aquel príncipe soberbio. Pero una alma sencilla que en las tentaciones contra la fe dice humillada con el ciego del Evangelio: *Señor, dadme vista*; un alma, repito, que recurre á oraciones fervorosas, al ayuno, á la disciplina, para fortalecerse en la fe de los misterios, bien presto pasará de las tinieblas á la luz.

Pidamos pues á Jesucristo en este dia solemne, en que hizo una admirable profusion de sus gracias sobre la Iglesia, pidámosle que nos fortalezca en la fe, esta raíz de la inmortalidad, como la nombra el Sabio; pidámosle, que penetrado profundamente en nuestras almas, produzca en ellas saludables frutos de

penitencia. Decid á Dios con el padre del mudo del Evangelio: yo creo, Señor, disipa mi incredulidad. Creo estas verdades eternas, que habeis revelado á vuestra Iglesia: estoy pronto á derramar mi sangre en su defensa: hacedme capaz de entender los adorables misterios de vuestra religion: haced brillar á mis ojos aquella columna de fuego que guiaba á los israelitas durante la noche; aquel rayo de luz que conduce á los humildes por entre las tinieblas misteriosas que á veces los rodean.

Si perseverais con humilde confianza en esta oracion, reconoceréis bien presto su eficacia por un aumento de fe, que disipará todas vuestras nubes. Frecuentad los Sacramentos, dad limosna, ocupaos en ejercicios de piedad; porque las buenas obras son los frutos de la fe, con los cuales se nutre y se conforta. Entre las inquietudes que tal vez os agitan, multiplicad las buenas obras. Vuestros cono-

cimientos confusos é imperfectos, vendrán á ser mas claros y distintos. Semejantes al ciego del Evangelio, que antes de ser perfectamente curado solo veía los hombres á manera de árboles; por medio de la oracion y buenas obras pasaréis de una fe vacilante á una creencia firme, y con los verdaderos discípulos de Jesucristo adoraréis al resucitado en el lugar santo, donde quedaron impresos los adorables vestigios de sus pies: *Adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus*; es decir, en la Iglesia católica, donde dexó la impresion visible de sus huellas, y fuera de la cual solo hay tinieblas.

¿Qué más? Sentiréis, como Pablo, caer de vuestros ojos las escamas de vuestra ceguera, y en el transporte de vuestra alegría clamaréis con el apóstol incrédulo: *Deus meus, et Dominus meus.* ¡Mi Señor y mi Dios! yo te bendigo por haberme sacado de mi error, y ha-

berme hecho palpable por el misterio de este día la verdad de vuestra santa religion. Vuestra Resurreccion, Señor, no solo es el fundamento de nuestra fe, sino el mas poderoso estímulo de nuestra esperanza.

II. El mundo, señores, está lleno de cristianos apóstatas y pusilánimes, que ó sacuden el yugo de la fé, ó abandonan el áncora de la esperanza. Blasfemando lo que ignoran, unos gradúan de imaginarios los bienes invisibles, otros miran su posesion como imposible. Fixos sus ojos en lo terreno, en nada aprecian la mansion eterna, como se explica un profeta. Esta ilusion del corazon humano, esta pusilanidad de espíritu debe desaparecer á presencia de Jesu-
cristo resucitado, cuyo misterio, que solidó nuestra fe, reanima nuestra esperanza.

¡Cristiano pusilánime! que turbado por los remordimientos de tu conciencia criminal, solo concibes un

temor servil, sin abrigar en tu corazon la mas leve esperanza de poseer al Dios que te crió para sí. ¡Desdichado Esaú! que hambriento de bienes percederos, vendiste la primogenitura por un potage despreciable. ¡Hijos pródigos! que abandonada la casa de vuestro Padre Dios, habeis disipado sus dones inestimables por medio de una vida licenciosa; salid de esa miserable esclavitud, de esa indigencia; elevad vuestro espíritu sobre las imágenes de los sentidos; contemplad este grande objeto de la religion; mirad á este Hombre Dios, que revestido de su propia carne, sale triunfante del sepulcro, y la resucita como gage de la inmortalidad que te ha prometido, si aspiras seriamente á obtenerla animado de esperanza cristiana. Desde este valle de lágrimas, y desde el fondo de tu vileza propia levanta tu corazon á Dios, y reanima tu confianza en el Señor, que encarnó

por ti, murió por ti, resucitó por ti.

¡Qué ideas tan sublimes y de tanto consuelo! La esperanza cristiana nos promete la posesion de Dios, la resurreccion de nuestros cuerpos, la vista de la santísima Humanidad de Jesucristo, y la union eterna de esta Cabeza con sus miembros. Como no solo vino al mundo á merecer la gloria de este Cuerpo que habia tomado en el seno de una Virgen, sino tambien á obrar la salud de todos los fieles, podemos decir con el Apóstol, que Dios nos ha resucitado y nos ha dado asiento en el cielo con su Hijo, por habernos concedido el derecho de resucitar y de subir con él al cielo: *Consuscitavit, et sedere fecit in caelestibus in Christo Jesu*; pues aunque el misterio de la perfeccion del cuerpo místico de Jesucristo, por lo que á nosotros mira, no esté consumado al presente, lo está respecto de Dios,

á quien desde la eternidad todo le es manifiesto.

La esperanza pues, como S. Agustín se explica, no es de una cosa obtenida ya por nosotros; pero delante de Dios, que nombra igualmente las cosas que son como las que no existen, segun el Apóstol, nuestra resurreccion futura es anticipada por la de Jesucristo; porque este divino Gefe triunfó de la muerte por sí y por nosotros mismos, que somos una parte suya en cierto modo. La Cabeza de este Cuerpo místico está en el cielo, que es la mansion de la vida, y una parte de sus miembros está aún sobre la tierra, que es la region de la muerte; pero esta Cabeza celestial derrama sobre todo su Cuerpo una vida divina, por medio de su gracia, que es un germen y gage de la inmortalidad. Por manera, que los justos que perseveran en la gracia hasta el fin, viven de la vida de Jesucristo, aun cuando pagan su tri-

buto á la naturaleza. Ellos, dice el Sabio, mueren al parecer á los ojos de los insensatos; pero quedan entre las manos de Dios cuando descienden al sepulcro, y su muerte es semejante al sueño.

¿Quereis pues que Jesucristo resucitando confirme vuestra esperanza de morir en gracia suya? Consideradle, os ruego, como verdadero modelo de una perfecta conversion. No solo sale del sepulcro cargado de despojos de la muerte y del pecado, para animaros á salir de la bóveda de vuestros crímenes, sino que resucita para no volver mas á morir, como dice el Apóstol. Si habeis pues resucitado con Jesucristo; es decir, si por su misericordia habeis salido del sepulcro de la culpa, abandonad para siempre las sendas de la iniquidad, que os han conducido mas de una vez á este espantoso abismo, poniéndoos á la orilla del precipicio eterno. Si habeis resucitado de

la muerte de la culpa á la vida de la gracia, dexad ya el dolo, la usura, la avaricia, sacudid el espíritu de ambicion, de lascivia, de soberbia, renunciad de corazon la vanidad y demas obras de tinieblas con que el mundo y el demonio os brinda, y sereis fieles á la promesa que hicisteis al Señor al ser reengendrados en las aguas del sacro Bautismo. Elevad al cielo vuestra mente, y no querais mirar la tierra como lugar propio de vuestra mansion, sino como peregrinos que marchais á buscar el lugar santo, la ciudad permanente, no fabricada por mano de los hombres, sino por las del mismo Dios, á cuya diestra está sentado nuestro Gefe, nuestra Cabeza, nuestro Salvador. Emprehended desde hoy una vida nueva, que muestre los caractéres de una verdadera resurreccion; esto es, de una sincera penitencia, que manifieste los despojos de las culpas que habeis

abandonado. En esta hipótesi, Jesucristo resucitado no solo será fundamento de vuestra fe, poderoso estímulo y apoyo de vuestra esperanza, sino tambien objeto é incentivo de vuestro amor.

III. ¿No es este ; religion sagrada! el principal homenaje que exigís de nosotros? ¿No es este el primero, el mas urgente y esencial de los preceptos de la ley? ¿No es Jesucristo resucitado, glorioso y triunfante de sus enemigos, el objeto mas amable, el mas obligatorio respecto de todo fiel cristiano? ¿Cómo podrémos pues rehusarle aquel amor de preferencia sobrenatural que nos haga anteponerle á todo amor natural y sensible? El que no le ama sobre todas las cosas, permanece en la muerte, y no merece el nombre de cristiano, cuya institucion es amar la virtud y obedecer la ley.

Para observar esta disciplina, de la cual depende la salud eterna, con-

viene tener presente lo que nos enseñan los teólogos; á saber, que el medio mas eficaz para hacer prontos y grandes progresos en la virtud; para triunfar de las tentaciones de la carne y de la sangre; para hacerse terribles al demonio, y purificar la imaginacion de las fantasmas de la sensualidad, es excitarse al amor de Jesucristo, meditar con frecuencia los misterios de su vida, pasion, muerte y resurreccion gloriosa, consumacion de todos. ¿Sabeis porqué? porque en esta meditacion se inflama el fuego de la caridad, como dice el Profeta: *In meditatione exarscet ignis*. Este fuego sagrado, que Jesucristo vino á traer al mundo con el designio de que causára un incendio general en todos los corazones; este fuego sagrado, tanto mas operativo quanto mas adherido á los preceptos de Jesucristo, inflamaba el corazon del Rey profeta, que al paso que corria con fidelidad por la

senda estrecha de los mandamientos, dilataba el Señor su espíritu en la oracion y meditacion del futuro Salvador de los hombres.

Si quereis pues vosotros perseverar en la resolución que habeis tomado á los pies de los altares, de huir del pecado, y mudar de vida; si quereis atraer del cielo este rocío benéfico, que vaya templando las voraces llamas de esta babilonia, los ardores, digo, de vuestra concupiscencia; bebed en las fuentes del Salvador estas aguas divinas, que saltan hasta la vida eterna. Contemplad en espíritu á Jesucristo crucificado y resucitado, que conserva sobre su Cuerpo glorioso las cicatrices de las heridas que recibió por vuestra salud. Bañaos mentalmente en este manantial de la vida, excitandoos al amor de vuestro divino Redentor. Postraos humildemente y con fe delante de su imagen: tenedla presente á vuestro espíritu, y besad las glo-

rias cicatrices de sus llagas. Estas prácticas exteriores de piedad, fundadas sobre un espíritu interior que las anime, y sobre la observancia de los mandamientos, son, para decirlo así, como otros tantos soplos divinos, que encienden el fuego de la caridad, y hacen al cristiano terrible á los demonios.

En efecto, si estos espíritus infernales huyen al ver la señal de la cruz, ¿qué será á vista de la imagen de Jesucristo crucificado y resucitado, grabada con los caracteres del fuego del amor en un alma? ¿No fué esta hoguera donde el apóstol Santo Tomas reanimó su fe, su abatido espíritu, y su amor casi extinguido? Apenas el velo de la incredulidad dexó libres los ojos de este apóstol, ¿no expresó su amor á Jesucristo resucitado por las palabras mas afectuosas y llenas de transporte? Luego que la Magdalena oyó la voz de Cristo resucitado, que la llamaba por su nom-

bre, ¿no vino al punto á arrojarse á sus pies? Los discípulos que le acompañan por el camino de Emaús, ¿no sienten su corazón abrasado en el fuego de la caridad y amor divino cuando les explica las santas escrituras?

¡Dichosa tierra, que por espacio de cuarenta dias fuiste consagrada por este Cuerpo glorioso, cuya presencia será la eterna felicidad de los ángeles y de los santos! ¡Dichosos los que por espacio de cuarenta dias tuvisteis el consuelo de conversar con el Salvador de los hombres, y gozar de su adorable vista! ¡Dichosas almas las que os esforzais á meditar en este inefable misterio, presente á los ojos de vuestra fe, encendida en amor de Jesucristo! Yo, señores, os he oido mas de una vez lamentar vuestra frialdad y tibieza en el servicio de Dios. Vuestro corazón en efecto mas me parece de piedra que de carne en los dias mas

solemnes de la Iglesia. Esto procede de no meditar las grandes verdades de la religion. Cuando hayais entrado en el espíritu de ella, conoceréis que Jesucristo vino al mundo á traer el sagrado fuego de su amor, y que solo desea arda incesantemente en nuestros corazones; conoceréis, repito, que todas sus palabras, sus obras, sus misterios van dirigidos principalmente á este fin; conoceréis, para decirlo de una vez, que su adorable Resurreccion es el fundamento mas sólido de nuestra fe, el apoyo mas firme de nuestra esperanza, y objeto el mas digno de nuestro amor.

¡Amabilísimo Jesus mio! arrojad sobre nosotros una centella de aquel fuego divino que purificó á la pecadora del Evangelio y al buen Ladrón en un momento; el que inflamó el corazón de los Paulos y Agustinos, convirtiéndolos en vasos de eleccion. Comunicadnos, Padre mio, un fuego

ardiente de vuestra caridad, que triunfe de nuestras pasiones y de los violentos ataques de la concupiscencia; que nos haga dóciles á vuestros preceptos, compasivos de nuestros hermanos, solícitos de nuestra salud, zelosos de vuestra honra y gloria, para que viviendo y muriendo en gracia vuestra, merezcamos acompañaros en la eterna felicidad. Amen. DIXE.

SERMON VII.

Para el dia de la Ascension.

Videntibus illis elevatus est, et nubes suscepit eum ab oculis eorum. Act. Apost. c. I.

Jesucristo se elevó á los cielos á presencia de sus discípulos, y una nube le ocultó á sus ojos.

SEÑORES:

El misterio de la Ascension gloriosa de nuestro Salvador, que la Iglesia propone en este dia á los ojos de nuestra fe, es sin duda el mas propio á excitar y fortificar nuestra piedad. En efecto, ¿qué espectá-